

NEHRU DE LA INDIA

Mister Nehru, el hombre del avión La India, ese país fabuloso...

CON el hombre que acaba de morir en la India, el mundo entero ha perdido el gran viajero de la paz y el llamado el tercer mundo o mundo de los nuevos países, jóvenes y pobres, que a caban de asomarse a la historia, su dirigente natural y más respetado.

Sin embargo, o, mejor dicho, por eso mismo, el señor Nehru no ha sido un hombre que haya tenido durante su vida una leyenda rosa, pues quienes precisamente no han demostrado hasta ahora mayores escrúpulos morales al actuar, nos hicieron un retrato del Pandit como si se tratase de un hipócrita o de un traidor a la mística de Mahatma Gandhi. Los asuntos de Goa y de Pakistán han sido aireados como graves pecados y como si un gobernante de cualquier país hubiese podido actuar de manera diferente. Pero incluso otros dis-

Ya su padre, Motilal, había abandonado su lujoso palacio y sus prejuicios de brahman para mezclarse con el pueblo en su lucha por la independencia nacional y en sus reivindicaciones sociales. El joven Nehru, recién llegado de Inglaterra, descubre la miseria de su país y regala sus cincuenta flamantes trajes de hombre rico como un símbolo de su propia entrega personal. Doce años de su juventud los pasa en la cárcel y los restantes en el seguimiento de Gandhi, de quien aprende a tener un corazón pacífico y justo que hará de él uno de los hombres más nobles de nuestro mundo, cuando a la muerte de aquel herede la dirección si no de su mística si del pueblo de la India. Porque ésta es precisamente la vocación del Pandit: una vocación política. Por eso no puede aceptar muchas de las cosas de Gandhi, aunque ciertamente de las más adjetivas, como el mantenimiento de un trabajo manual frente a la mecanización del país que a Gandhi le parecía que iba a devorar a los hombres por el paro. Pero Nehru opta por la maquinaria: «Soy naturalmente partidario de los tractores y de las grandes máquinas... estoy convencido de que la rápida industrialización de la India traerá el alivio de la pobreza».

Nehru es un socialista, pero un socialista británico con entra flexibilidad en la aplicación de sus convicciones, con tal que éstas lleguen a su verdadero fin. Así en su India han continuado viviendo los maharajahs inmensamente ricos, pero a la vez se han hecho repartos de tierras y de casas, de manera que el gran problema de la India, el problema de las castas ha sido abordado directamente, comenzando por la coexistencia y recindiendo de unas castas con otras, rompiendo así los viejos prejuicios sagrados. Y no ha estado ausente jamás de donde ha creído necesaria su voz y protesta para amparar y defender a los desheredados de su país y del mundo entero.

Fué a Bandung como el jefe de la protesta de los pueblos hasta entonces colonizados y que desde aquella conferencia han

comenzado a pesar en las decisiones políticas internacionales con una verdadera fuerza, lo que naturalmente le atrajo las iras de los europeos que creen o que simulan creer en la natural y eterna superioridad blanca y occidental en el mundo y, por lo tanto, en la dominación de éste. Pero en Nehru encontramos realmente siempre una superioridad auténticamente moral que en Bandung, en Belgrado o en las Naciones Unidas defendió la única última razón de su política: la de la dignidad del hombre africano, asiático o europeo. Y si Nehru se ha puesto mil veces a favor de aquellos hombres contra el europeo orgulloso ha sido solamente para hacer valer lo que éste quería desconocer.

Las diversas crisis por las que ha pasado la O.N.U. se han resuelto en gran medida por su intervención, pues en el mundo comunista —fuera de la China— su voz tuvo tanta autoridad como en el Occidente. Nadie podía dudar de su lealtad y cada vez que la paz peligró no dudó un instante en tomar un avión para acudir a cualquier lugar que fuese. Y su sonrisa, su bondad, su fabulosa inteligencia y su honradez deshacían todas las desconfianzas, aclaraban todas las situaciones e invitaban a hablar y a entenderse. Con la rosa roja, símbolo del Imperio británico, su viejo enemigo, en la solapa iba predicando que no hay enemigos con los que no podamos entendernos y volver a hermanos; con su horror físico a la guerra, que parecía contagiarse a cuantos trataban, sembraba el espíritu de distensión y de paz.



Los discípulos de Gandhi le han echado en cara, por ejemplo, su amor a la técnica moderna y la estructuración de un Estado, abandonando la bella pero utópica teoría de un Gobierno patriarcal o fraternal.

Pero no podrá jamás negarse a Nehru su integridad absoluta de hombre privado y público.

EL CABALLO DE TROYA

Palabras y gestos de Nehru

EN el agitado período en que la India se esfuerza por obtener la independencia, dos hombres se revelarían como sus artífices inminentes: Gandhi, guía espiritual, y Nehru, dirigente político. Aunque la línea de acción de ambos parece seguir un mismo cauce, sus ideologías recorren caminos dispares. Gandhi, sin programa, sin normas consistentes, se enfrenta a los hechos con el sentimiento del asceta. Nehru, más realista, se aferra por el contrario en un pragmatismo socializante.

En 1930, y tras conseguir Gandhi un rotundo éxito en su campaña contra el monopolio colonialista de la sal, Nehru se vuelve a los miembros del Congreso y exclama lleno de júbilo: «Los acontecimientos están en marcha».

El 14 de abril de este mismo año, Jawaharlal Nehru es encarcelado. Su padre, Motilal Nehru, ocupa su lugar en la Presidencia del Congreso. Otros 60.000 no-violentos, entre los que se encontraba ahora también el Presidente Kamala, serían al poco internados.

A finales de 1931 volvería a ser detenido. En 1934, esperando ver al Mahatma arrastrado por la lógica de los hechos, funda las bases del partido socialista y decide hacer una política social dentro del Congreso: «Me parece que si queremos mejorar la condición de las masas, elevadas económicamente y dadas la libertad, es inevitable que los intereses capitalistas en la India tendrán que renunciar a muchos de sus privilegios. Me es imposible concebir otro medio que permita la promoción de las masas. Por consiguiente, el problema de conseguir la libertad se convierte en el de una revisión de los intereses capitalistas en favor de las masas. Lograremos la libertad en la misma medida en que dicha revisión será llevada a cabo».

En 1938, Pandit Nehru regresa de Europa alarmado ante la creciente pujanza fascista y la posibilidad de una nueva conflagración, pero Gandhi no comparte su deseo de lucha contra la nueva amenaza. En una carta que le dirige a este último, señalaba: «El problema de la libertad de la India no puede mantenerse separado por más tiempo de los problemas vitales e internacionales del mundo. La crisis actual que sufre el mundo tiene sus repercusiones en la India. En cualquier momento puede llegarse a un derrumbamiento total o a una conflagración internacional. En todas partes se plantean conflictos de las masas y las fuerzas de la reacción que protegen los intereses capitalistas. No podemos continuar como simples espectadores de esta lucha gigantesca, pues nos atañe íntimamente. Lo mismo si adoptamos el punto de vista estrecho de nuestros propios intereses, como si abarcamos el más vasto del bien internacional y del progreso humano, debemos colocarnos del lado de las fuerzas progresivas del mundo».

Cuando el 17 de octubre de 1940 la intransigencia británica obliga al Congreso a la desobediencia civil, Gandhi elige a dos «satyagrahis»: Vinoba y Nehru, los dos serían detenidos, mientras se dirigían a la multitud. Juzgados y condenados, prosiguen sus predicaciones desde la cárcel: «En la India los intereses capitalistas más importantes son los del Gobierno británico, siguiéndoles los de los príncipes indios. No deseamos lesionar ninguna clase ni ningún grupo; la expropiación deberá efectuarse con tanta suavidad como sea posible y haciendo todos los esfuerzos para evitar injusticias. Pero es evidente que esta expropiación causará forzosamente pérdidas a las clases o grupos que disfrutaban de privilegios especiales a expensas de las masas. Es igualmente evidente que esta expropiación debe hacerse lo más rápidamente posible para socorrer a las masas, cuya condición es extremadamente miserable».

El 6 de julio de 1946, el Congreso acepta las propuestas británicas y se forma un Gobierno provisional que entra en funciones el 2 de septiembre y a cuya cabeza se encuentra el Pandit J. Nehru.

En 1948, ante el cobarde asesinato de su amigo y fiel colaborador Mahatma Gandhi, se dirige por radio al país con la voz sofocada de dolor: «Se ha apagado la luz, he dicho, pero he dicho mal. Pues la luz que brillaba en este país no era una luz ordinaria. La luz que lo ha iluminado durante muchos años, lo iluminará todavía durante muchos años más».



JOSE JIMENEZ LOZANO



Era un agnóstico en cuestiones religiosas que, sin embargo, amaba con todo su corazón la obra de pacificación de las religiones y sostenía con fondos del Gobierno misiones y escuelas cristianas, por ejemplo. Porque todo lo que contribuía a la dignidad de los hombres y al amor entre ellos tenía un eco en su corazón. Su política internacional no podía ser en efecto más que una neutralidad. Por encima de los bloques políticos buscaba a los hombres. Y todos los hombres honrados sienten ahora su muerte. Era como una luz en las tinieblas de las pasiones políticas y ahora se ha apagado, pero sus amigos y discípulos continuarán seguramente su obra, aunque este hombre sea ya para siempre insustituible como en otros tiempos lo fue su maestro Gandhi, en otro sentido.

LA India, ese país fabuloso y casi mítico hasta hace poco tiempo, logró su independencia en 1947. Cuando se habla de la India moderna brota inseparable un nombre: el del Mahatma Gandhi, el apóstol de la «no violencia». Cuando un exaltado cortó el hilo de su vida se iba a cerrar un ciclo de su historia, una historia más cercana a todos de lo que pudieran aparentar las distancias geográficas, porque el pueblo indio es el de las hambres bíblicas, el de los subdesarrollos crónicos, el de los contrastes más brutales. Nuestra sensibilidad se estrema ante la desgracia personal. Si alguien desfallece de hambre ante la vista del hombre occidental quizá consiga herir los sentimientos de la comunidad. En la India todo es colosal. La pérdida de una cosecha no sólo supone el hambre para millones y millones de gentes, sino que representa la muerte por inanición de cientos de miles de personas. Y ante la magnitud del gran drama multitudinario la conciencia colectiva se encoge un tanto de hombros. La palabra fatalidad, tan propinqua a esa otra que dicen resignación, no puede aceptarse en la morosa corriente de la hipocresía universal. Las realidades físicas suelen ser consecuencia de un desarreglo social. Y en la India el mismo se arrastra a través de los siglos.

La excepcional figura de Gandhi, el hombre que había de decir que «nuestra lucha tiene por objeto la fraternidad con el mundo entero», iba a hallar respuesta inmediata en su más inmediato discípulo, el Pandit Nehru. El fallecido estadista indio encuentra a su país al borde de la independencia. Luchador incansable, encarcelado y perseguido, Nehru ofrece características personales típicas de las de un hombre educado en Europa, pero a la vez conserva muchos de los rasgos de su maestro. De sus años en Inglaterra ha retenido una simpatía hacia las formas socialistas que procura adaptar a su pueblo. Ha de romper con el fetichismo de los privilegios, los atavismos endémicos, la incultura que le rodeaba y, sobre todo, con muchos de los postulados de Gandhi. La «no violencia» de Gandhi se había traducido en un sen-

timiento más de reforma de las conciencias que de las instituciones. El retorno a la vida patriarcal y al artesanado hubieran representado para la India una regresión económica. El prestigio incomparable de Gandhi, su santidad, su abnegación y su intrepidez sirven de plataforma al maduro político Nehru para instaurar unas concepciones políticas que, basadas en el principio de la «no violencia», buscan al acercamiento de su pueblo hacia formas modernas de civilización. Con Nehru la India da el primer paso hacia su industrialismo incipiente, se dan comienzo a las tareas de la estructuración de la sociedad con unos principios más justos y se preparan planes quinquenales contra reloj que unas veces se logran plenamente y otras no. Ese hombre del cabello blanco y los ojos profundos ha de acometer demasiados problemas: la complejidad de su vasta nación acumula dificultades sobre dificultades; hay que alimentar a más de 400 millones de personas y en el orden internacional hay que fijar una actitud. El neutralismo, como no podía ser por menos tratándose de un hijo espiritual del quieto indio, es defendido con limpieza y honradez. Viajero incansable, recorre el mundo, dialoga con Jefes de Estado, con políticos, con quien quiera escucharle. Es familiar su estampa en los aeropuertos y las conferencias, son su atuendo hindú, su fina sonrisa melancólica, su elegancia, esa elegancia innata en las gentes de su raza...

La muerte de Nehru es un duro golpe a la causa de la humanidad. Para la India puede tener consecuencias incalculables. La India moderna ha nacido con su persona y ahora quedan en el aire de la incógnita demasiados problemas sin resolver, demasiadas injusticias que atajar. Nehru, a pesar de lo discutido de su gestión, era el hombre de prestigio, la cabeza directora del gran magma indio. Sin su presencia física queda sin completar una obra. Toda labor humana tiene sus fallos y el fallecido político indio no podía substraerse a la regla general. La revisión que de su labor hagan con serenidad sus contemporáneos habrá de insistir en su gran temple.

en su bondad, en su resolución y en su valentía. El eco de Gandhi no debe apagarse en la India con su muerte. Algún recogerá la antorcha del amor para seguir incendiando las esperanzas de esos 440 millones de seres, la mayoría de los cuales carecen de lo más elemental. El sacrificio del profeta indio y la extinción por agotamiento de la vida de Jawaharlal Nehru serán los hitos de la liberación de quienes aún durmen la larga siesta del atraso y del abandono.

MIGUEL ANGEL PASTOR

EL PUEBLO DE GHANDI

CUANDO se recuerda a Nehru es imposible disociar su nombre del de Gandhi. Para entrar la figura del heroico anciano pacifista es conveniente repasar la India que le tocó vivir. Durante el período inglés tácticas coloniales, entre ellas la creación de una clase de grandes propietarios rurales explotadora del campesinado, iba a hacer que la miseria se enseñoreara de inmensas muchedumbres. La ruina del artesano, mediante las importa-



ciones estimuladas por los colonizadores, echo por tierra una de las más florecientes industrias del país. Las dos terceras partes de los trabajadores del campo estaban en paro casi absoluto y en las grandes ciudades, Bombay, Ahmedabad, Madras y Karachi el hacinamiento de las gentes era danzatesco. La situación de la escasa industria era deficiente: los obreros vivían poco menos que en un régimen de esclavitud y su trabajo enriquecía a escasos terratenientes y a la industria extranjera. Un vago fatalismo dominaba al país. «El campesino —dice un observador— estaba dotado de una increíble facultad de resignación, debido a la religión, a la subalimentación y al calor agobiante».

Todo estaba preparado para el estallido brutal, para la violencia sin límites, para la locura colectiva. Pero Gandhi supo galvanizar toda la voluntad de un pueblo, llevándole a las supremas metas de la resistencia pasiva, de la «no violencia», del amor exigente de sus derechos. Lo que consiguió el viejo apóstol nos asombra a nosotros hombres de Occidente, a pesar de que el cristianismo sea nuestra religión. La palabra de Gandhi sigue sonando con más fuerza que nunca y bueno será el recordarla una vez más.

Yo me opongo a la violencia porque la misma no producirá nunca un bien. Y el posible bien que de ella resulte no será más que transitorio, en tanto que el mal producido es permanente.

La no violencia no se realiza mecánicamente. Es la más alta calidad del corazón y se adquiere con la práctica.

Es noble el defender el bienestar, el honor y la religión a punta de espada. Pero mucho más noble es defenderlo sin hacer daño a nadie y sin herir.

Es una vileza y un deshonor abandonar nuestro puesto por salvar la piel, dejando en manos del mal nuestro honor, nuestro bien y nuestra religión.

La no violencia está descendiendo sobre los hombres y triunfando. Ella es la anunciadora de la paz del mundo.

Yo no puedo concebir un estado de hostilidad permanente entre un hombre y otro. Porque yo creo en la reencarnación yo espero siempre, si no en esta vida humana en otra en la que yo pueda abrazar a toda la humanidad fraternalmente.

RADIOGRAFIA DE LA INDIA

¿COMO es la India en la actualidad? El manejo de la estadística es penoso tratándose de este país. El largo colonialismo inglés y ciertas peculiaridades geográficas y raciales han influido en la vida de los hindúes hasta extremos inconcebibles. Veamos, un tanto a vuelapluma y sin más pretensiones que las de la pincelada gráfica, algunos extre-

mos que afectan a la gran nación asiática. La renta por habitante en la India es una de las más bajas del mundo. En 1950 no llegaba a las 300 pesetas por individuo, lo que prácticamente representaba el hambre para amplios sectores de un país que tiene más de 440 millones de habitantes. La economía sigue siendo arcaica; más del 70 por 100 de la población activa trabaja

en la tierra y el 83 por 100 de los habitantes pertenecen a las zonas rurales. La producción agrícola ofrece los siguientes datos: primer productor de té en el mundo; segundo en el cultivo del arroz; gran productor de caña de azúcar, de algodón y otras especialidades típicas de zonas cálidas. Entre los grandes contrastes de la India figura la de la cabana bovina. Se estima que en el

país hay más de 200 millones de unidades vacunas, pero esta excepcional riqueza se pierde en gran parte, debido a zonas religiosas, puesto que la vaca es considerada como animal sagrado en la India y no puede ser sacrificada.

Los rendimientos obtenidos en el campo son extremadamente bajos, con cifras muy inferiores, no sólo a las medias europeas, sino a las de otros pueblos del continente asiático. Hay algo sintomático, propio de la mayoría de los pueblos en franco subdesarrollo: la propiedad de las tierras. Un experto en problemas indios decía que «los campesinos indios no pueden progresar en las actuales condiciones, en tanto no se transformen las estructuras arcaicas del régimen de la propiedad y las estructuras feudales que bloquean cualquier progreso y frenan los esfuerzos en dicho sentido».

La industrialización es raquítica, no obstante existir grandes recursos carboníferos e hidráulicos. En 1950 la energía consumida es inferior a la media asiática; como ejemplo señalemos que el porcentaje de consumo es del 0,1 frente al 2,3 de Francia. El consumo de acero por habitante es de cinco kilogramos por año; otro país que dista mucho de estar industrializado, Brasil, consume 22 kilogramos.

Durante los últimos años ha disminuido grandemente la mortalidad en la India por epidemias. Sigue, con todo, siendo elevada: el 16,60 por 1.000 en 1950.

Bajo el mandato de Nehru se han acometido tres planes quinquenales. El primero (1951-1956), abordó la resolución de una serie de obras ya proyectadas durante la dominación inglesa; el desequilibrio de la balanza de pagos hizo fallido en parte el programa diseñado. El segundo plan (1956-1961), preveía un gran esfuerzo industrial, su objetivo era la elevación de la renta nacional hasta aumentarla en un 25 por 100. La ayuda occidental, principalmente, hizo que este plan

DISTRIBUIDOR DE TAURO

Hijos de Moliner

FUENTE DORADA 7-VALLADOLID

si son TAURO, tienen capacidad.

TAURO
LA MALETA IDEAL

y feliz viaje

**capaz
cómoda
ligera
elegante**